

LA CIRUGIA EN LOS ULTIMOS CINCUENTA AÑOS

CONFERENCIA DADA, CON OCASION DE SUS BODAS
DE PLATA DE PROFESORADO,

POR EL

Dr. DON LUCAS SIERRA

Profesor de Clínica Quirúrgica de la Escuela de Medicina

DISCURSO DEL Sr. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
DOCTOR DON DANIEL MARTNER



LA CIRUGIA EN LOS ULTIMOS CINCUENTA AÑOS

DISCURSO DEL SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, Dr. DON DANIEL MARTNER

Asistimos a un acto que legítimamente conmueve al alma universitaria. Se rememoran las virtudes y los trabajos de un hombre de ciencia, de un alto exponente del progreso nacional y de la cultura de la Humanidad.

Veinticinco años de enseñanza desde la cátedra; veinticinco años de estudio tesonero y profundo de los complejos problemas de su ciencia, representan de parte de un hombre esencialmente activo y de visión intelectual penetrante como la del Dr. Sierra, beneficios inmensos para la colectividad, ya que el conocimiento de la verdad científica, esparcido con tanta autoridad de hombre superior en el campo de la investigación médica, como ha sido la del Dr. Sierra, se transforma en palanca poderosa de cultura, de estímulos, de optimismo y de bienestar.

El ejemplo de su profunda abnegación de cate-

drático y el despliegue de su incansable actividad de hombre de progreso y de bien son antorchas que iluminan el sendero de su elevada personalidad científica.

Muchas veces tuvo la oportunidad de ir al extranjero. Hacia allá fué portador de un espíritu de trabajo, de estudio y de penetración y de una capacidad científica de profesor de nuestra Universidad, que había de darnos sólo prestigio y respeto en la consideración universal de la cultura de los pueblos. Hacia acá fué portador de las sabias enseñanzas de naciones de vieja y refinada civilización.

A él debe la Universidad de Chile, en donde por su destino se concentra la actividad cultural superior, profunda gratitud. El la ha dignificado como corresponde a su misión.

Los que como el que habla se dedican dentro de las aulas universitarias al estudio y la investigación de los fenómenos económico-sociales, han podido admirar en el Dr. Sierra su alta concepción del papel que deben desempeñar ciertas ramas de la enseñanza médica en la solución adecuada de los grandes problemas de ese carácter. Su espíritu es de aguda penetración en el porvenir económico de nuestro pueblo. La organización de la medicina preventiva es la base fundamental de la formación de un pueblo numeroso, robusto y productor. He aquí el objeto de sus justas meditaciones. He aquí el origen del vínculo indestructible de unión de hombres como el Dr. Sierra con los que meditan en los problemas económico-sociales o con los que saben velar por el engrandecimiento de un pueblo o de una raza.

Para la Universidad de Chile el acto de hoy es de íntima satisfacción y orgullo. De satisfacción porque ve que se honra a uno de sus miembros, porque observa que se rememora la labor constante e inteligente de uno de sus hijos, manteniendo con ello encendida la llama del amor universitario, que es amor en la virtud, amor en el trabajo, amor en el progreso de la Humanidad. De orgullo, porque el Dr. Sierra, formado en su seno, constituye, hoy por hoy, una de sus columnas más poderosas, uno de sus cerebros más robustos, tanto en el país como en el extranjero.

Dr. Sierra, la Universidad os agradece con profundo afecto académico vuestra acción ennoblecedora de sus fines, y en su nombre os deseo felicidad en la celebración de vuestras bodas de plata en la cátedra con que dais tan clara luz a la ciencia y a la Patria.

**CONFERENCIA DEL Dr. LUCAS SIERRA, PROFESOR
DE CLINICA QUIRURGICA DE LA ESCUELA
DE MEDICINA**

Señores:

Vosotros habeis querido vivificar el hecho ocurrido hace ya veinticinco años, y recordarme que fué precisamente en este local donde dictó la lección inaugural el mismo hombre que ahora os dirige la palabra. En aquel entonces, la responsabilidad que cargaban mis hombros sostenía mi espíritu en su emoción de júbilo, hoy, el grande agradecimiento que os confieso, temo que entorpezca mi palabra, embargando mi espíritu, de llegar hasta vosotros.

La firma de S. E. el Presidente de la República en este magnífico obsequio, será. el estímulo más poderoso para seguir consagrando las mejores actividades que me restan al Alma Mater de mis estudios superiores, a esta Universidad que está destinada a moldear la inteligencia de los hombres, la grandeza y prosperidad de nuestra Patria. Lleguen hasta S. E. mis respetuosos agradecimientos.

Señor Rector, vuestra presencia nos es particularmente grata; ella exterioriza los vínculos de la gran familia universitaria, cuyo fundamento son la experiencia de los años y los anhelos de la juventud. Os doy mis sinceros agradecimientos.

Al señor Decano, a todos y a cada uno de los colegas del profesorado que se han dado la molestia de haber llegado hasta aquí, aportando mayor brillo a esta ceremonia, les quedo profundamente obligado.

A esta falange de colegas, tan brillante como anhelosa de progreso, que en una época fueron mis alumnos y que hoy, siguiendo la evolución natural, superan con mucho al maestro, por cierto y a mis alumnos actuales no tengo sino una palabra que decirles: vosotros teneis derecho de compartir los propios aplausos que me tributais, vosotros mismos sois los que formais al profesor.

Señores:

A esta deferencia que me testimoniáis, no sabría responder sino abusando... y, como no es esta la oportunidad para otra clase de clínica, os

referiré lo que me sea dable de la cirugía en los últimos cincuenta años.

El camino es largo, y si en realidad abuso un poco de vuestra paciencia es porque me imagino contar de antemano con vuestro perdón, sobre todo, en las circunstancias que tenga que hablar de mi mismo. Piensen que «la verdadera cultura de un gran pueblo, la que da a cada generación su fuerza vital, consiste en lo que le ha transmitido la generación que le ha precedido». Si nosotros vemos un poco más que ellos es porque trepados sobre los hombros del gigante que representa el progreso que ellos han realizado, nos permiten ensanchar el campo de nuestra inteligencia.

En los primeros meses del año 1883 llegaba a Santiago, a incorporarse a los cursos de medicina, previo los trámites de bachillerato, un muchacho que frisaba apenas los 17 años; veinte años más tarde, contados mes a mes, fué nombrado profesor de clínica quirúrgica, la suprema aspiración en nuestra profesión. Se había abierto paso en la capital con la voluntad inquebrantable de estudiar, «con la punta de su escalpelo», como años más tarde se lo hacía notar uno de sus amigos.

Ustedes han querido, señores, amigos, colegas y profesores, hacer vibrar estos 25 años transcurridos desde aquella época, que marca una etapa en la vida de un hombre. En momentos como estos, en que se revive una vida entera, mis sentimientos de profundo reconocimiento se remontan a mis padres, en primer término; a ellos debemos la exis-

tencia y todo el porvenir. Aquel muchacho había recibido la más valiosa de todas las herencias,— la salud—, la rectitud de miras que a su vez recibieran ellos de la casa solariega, tesón infatigable para el trabajo y, por último, otra herencia, también de origen ancestral, *la pobreza*. Ella representa el acicate más poderoso que estimule al hombre en este mundo, le abre horizontes infinitos...

Don José Joaquín Aguirre, protomédico de aquellos tiempos, y profesor de anatomía, «el hombre de barro con corazón de oro», como se le llamaba, y Francisco Puelma Tupper—felizmente vivo todavía—a quien todos llamábamos cariñosamente «el gringo Puelma», fueron los profesores que, junto con mi respetado amigo, don Vicente Izquierdo, impresionaron más profundamente mi espíritu.

Gozaba don Joaquín de una justa y muy merecida reputación, no sólo como médico de numerosa y selecta clientela, sino que el haber ligado la femoral en un caso, desesperación de un gran cirujano de ese tiempo, le hacía aparecer ante la muchachada como un coloso en anatomía—y lo era en realidad. En todo caso, la síntesis de su enseñanza, «sin anatomía no hay cirugía», despertaba el gusto por el estudio de aquella árida y difícil asignatura, que según su propio decir, «había que olvidarla siete veces después de haberla aprendido otras tantas», despertaba, decimos, el gusto por la disección.

En su curso fui señalado por mis propios compañeros como acreedor al primer premio: era la costumbre implantada por don Joaquín.

El Dr. Aguirre, escribe el licenciado, señor R.

Benavente G. en su tesis, 1928, p. 248: «se preocupó con gran celo y entusiasmo, que no ha sido superado, de hacer progresar los estudios médicos, e hizo despertar cada año más el entusiasmo creciente de la juventud aspirante a esos títulos»...

En Abril de 1874-76 pedía se encomendara a don Manuel Barros Borgoño, Francisco 2.º Puelma y Guillermo,—después a don Máximo Cienfuegos, que se especializaran, como decimos ahora, en Europa, para que vinieran en seguida a servir de profesores en nuestra Escuela de Medicina.

Francisco Puelma Tupper, famoso por sus algaradas estudiantiles, tanto en Santiago como en Alemania, era la figura más atrayente de la Facultad, que contaba con hombres como Cienfuegos, Valdeirrama y Manuel Barros Borgoño. Regresaba de Europa en la plenitud de la vida, cargado con los conocimientos más variados y recientes, profundamente imbuído en todas las teorías que revolucionaban la cirugía; era el hombre que cautivaba y arrastraba a la juventud, lo mismo en la cátedra que en el Parlamento; la gracia y la oportunidad jamás despreciada de hacer un comentario picaresco, le conquistaban una merecida reputación. De la amistad que surgió gradualmente y se reforzó al través del tiempo, deja constancia la carta que de su puño y letra he recibido: «Permítame felicitarlo en sus Bodas de plata y desearle todo éxito en lo sucesivo. Su profesor, siempre en cama, siente no poder tomar parte en las justificadas manifestaciones en su honor».

Aquellos primeros años de estudio, hasta 1885, fueron los más difíciles y penosos: son los años, en que según la expresión del cirujano Sir James Pa-

get, se come el pan solo: la entrada al Instituto Nacional en calidad de inspector, hizo cambiar todo eso. Ya en ese tiempo, mi asidua asistencia a las memorables lecciones del profesor Barros Borgoño, hizo que él reparara en mi contracción no disimulada por la cirugía: me distinguió como alumno, me designó como merecedor del premio de la asignatura, y a poco de titularme de médico, con el nombramiento de ayudante; me dió a su lado sitio predilecto en su confianza y amistad.

Si yo quisiera en este momento poner de relieve la figura médica y la personalidad de Barros Borgoño, me sería indispensable hacer desfilar ante vuestros ojos una larga procesión de hombres y de hechos, a fin de que os dierais cuenta exacta del papel de protagonista que le cupo desempeñar, y, seguramente, terminaría repitiendo el verso del poeta italiano:

Natura lo feci e puoi ruppo la stampa (1)

Barros Borgoño con su ejemplar fuerza pedagógica y de generoso motor, infundía a quien le siguiera, amor decidido por su parte magistral. Su recuerdo viviente me hizo apreciar la hermosa declamación del Delbet, «Si no sentís la belleza de la cirugía es porque no la amáis: los hombres atribuimos siempre la belleza a nuestro amor».

Visitar el extranjero había sido una de las más acariciadas esperanzas formulada en lo íntimo de mi alma desde los momentos de mi juventud, en

(1) La Naturaleza lo hizo y rompió el molde en seguida.

que embelesado oía a mi padre, de pie ante el único adorno del comedor—un mapa de los Estados Unidos—los prodigios que había realizado la ciudad de Chicago después del más grande incendio que recuerdan los tiempos modernos, y sobre todo, cuando oí el relato de las maravillas que había visto uno de sus amigos que regresaba de París, muy pocos años después de la catástrofe de 1870. Mi padre era, por lo demás, un ferviente y entusiasta admirador de Pasteur.

Estos eran motivos que a permanencia actuaban en mi espíritu; no vacilé en concursar méritos al llamado universitario para proveer cuatro plazas en un curso de perfeccionamiento en las universidades europeas.

Llegado a París en Abril de 1892, los doctores Alejandro del Río, Otto Philippi y yo, pensamos que era un honroso deber de nuestra parte, acercarnos a conocer personalmente al hombre que realizaba la más trascendental revolución por que haya pasado jamás la medicina. Salimos del Instituto Pasteur anonadados ante la proverbial sencillez y gigantesca personalidad del más grande de los benefactores de la humanidad. En 1892 fuí testigo presencial del legendario abrazo que en la Sorbonne se dieron Pasteur y Lister; sello, en los tiempos modernos, de la unión indisoluble entre la medicina y la cirugía, nueva consagración de las enseñanzas de Hipócrates.

Bien luego hube de conocer algunos de los más encarnizados detractores del método de Pasteur, A. Després, y algún tiempo más tarde al profesor Lef Fort, quien, desde su cátedra de clínica qui-

rúrgica, con sátira mordaz, decía: «si yo salgo del teatro y regreso a mi casa en el interior del omnibus, llego bueno y sano; pero si tomo la imperial atrapo una pulmonía. ¿Es que los pretendidos microbios viajan sólo en la imperial?». Era la misma sátira acerba con que uno de los profesores de Santiago se burlaba de las pulverizaciones de ácido fénico con que impregnábamos la atmósfera al hacer las curaciones.

Pero en aquella misma metrópoli actuaba, con todo su espíritu combatido, J. Lucas Champonnière. Fuí uno de los más fieles y constantes asistentes a sus demostraciones y explicaciones relacionadas con la antisepsia, que él había tomado de primera fuente, es decir, del propio Lister. Todos los hombres de más destacada figuración de la medicina francesa, desde Strauss, Potain, Lanceraux y Chantemesse, Brouardel y Debove, Fournier, Verneuil, Dielafoy, Tarnier, Pinard hasta Bouilly, Faure, Legueu, Campenon Ricard, Hartmann y Quenu, junto con tantos otros que sería muy largo enumerar, me fueron familiares, los ví trabajar en repetidas ocasiones y oí muchas de sus magistrales disertaciones, de las cuales conservo numerosas apuntaciones.

Ulises Trelat (muerto en 1893), profesor de clínica quirúrgica, había sido un hábil y rígido clínico; gustaba muy poco de discusiones, mucho menos de contradicciones. Abandonando en una ocasión esta severidad, después de haber hecho una brillante exposición acerca de una enfermedad difícil de precisar, dirigiéndose a uno de sus jóvenes internos, le dice: «Y cuál es su opinión». — «Diametralmente opuesta a la suya, mi jefe, por

tales y cuales razones». Un escalofrío circuló entre el numeroso público, en que había muchos extranjeros. Se esperaba una réplica furibunda del profesor. Después de un momento de reflexión, contestó: «*Monsieur Bouilly, vous avez raison*». El incidente lo comentó el mismo día todo París.

Bouilly en primera línea, Richelot, Terrillon, Championnière, Segond y Faure fueron los agregados con quienes hice mi aprendizaje de ginecología, asignatura que no había de crearse en nuestra Facultad sino después de 1891, con la llegada a Chile de Moericke.

Malgaigne, Civiale, Ricard y Pajot, o habían muerto o estaban ya retirados de la enseñanza, pero la muchachada repetía muchas de sus anécdotas instructivas.

«Un brazo en procidencia es en realidad una mano que os pide una pensión vitalicia. No la amputéis».

«Nacido el niño colóquenlo siempre en una mesa bien plana; si lo dejan sobre una silla. pueden estar seguros de que la suegra se sentará sobre él».

«Una muchacha joven puede hacer en siete meses lo que las demás hacen en nueve. Señores, esto no sucede sino con el primer niño; todos los demás llegan a su término».

«No arrojéis sobre la tumba de Civiale una piedra, sería capaz de levantarse para triturarla».

Pero había en París tres figuras quirúrgicas que descollaban sobre todas las demás: las de Pean,

Terrillon y Terrier. Hasta hacía pocos años, el primero de ellos, era en Europa uno de los pocos cirujanos que decididamente, abría el vientre. (1) Koeberlé y Spencer Wells completaban el trío. Pean, imbuído en las ideas de las miasmas e infecciosidad de las grandes ciudades, sostenía desde 1868 que era el campo, en casas de salud perfectamente aisladas, donde debían efectuarse las laparatomías, *Ovariotoromías*, como se les designaba entonces. *¿Puede practicarse en París la Ovariotoromía con expectativas de éxito?*, tal era el título de una memoria que publicó aquel año.

Terrillon, y más particularmente Terrier, son considerados como los creadores del método aséptico, que en realidad de verdad, no es más que la evolución lógica de los principios sustentados por Pasteur, y que Uds. ven a diario aplicados en todos nuestros servicios. Esos dos cirujanos habían disfrutado del beneficio incalculable de poder consultar al propio Pasteur. Gradualmente, suprimiendo toda infección, habían llegado a la esterilización por el color seco, o el vapor de agua a alta presión.

Yo sabía que el gran cirujano de Birmingham, Lawson Tait, había sido un hábil y formidable contradictor de las ideas Listerianas; había recibido de mi amigo el Dr. Puyó, la conferencia que diera Tait en Berlín, en Agosto de 1890, *Acerca del estado actual de la cirugía antiséptica—crítica de la conferencia de Lister*. (Congreso médico de Berlín, Agosto de 1890. Brit. Med. Jour., Sept. 27-

(1) Efraín Mc. Dowell. 1809, con éxito y grave peligro de su propia existencia, había practicado en Kentucky una ovariotoromía.

1890, p. 728) y lo tenía como el verdadero fundador de la asepsia (1). Apenas llegado a Londres, quisimos, con mi amigo el Dr. Moore, visitar personalmente a Tait; una hermosa carta original nos dejó saber que estaba ya retirado de la práctica hospitalaria.

Oí a Lister una lección en Octubre de 1893.

El 5 de Febrero de 1894, moría en Viena el más grande de los cirujanos de su tiempo, Teodoro V. Billroth; quedaban sus alumnos, hombres de la figuración de Czerny, v. Mikulicz-Radecki. Winiwarter, Woelfler, Gussenbauer, Salzer y v. Eiselsberg; exactamente como a Terrier, había de sucederle también en Francia, una falange de cirujanos de la más grande reputación actual. A todos ellos los visité y ví trabajar en repetidas ocasiones.

Estos son, juntos con los alumnos de Lister, de Glasgow, Edinburgo y Londres (1877), los hombres que han cambiado la faz de la cirugía.

A Pasteur y Lister debemos «para el alivio de

(1) F. Fayle, sin embargo acaba de publicar en los números 69, 71 y 73 de la *Prensa Med.* de este año, a propósito de un libro de Stewart Mc Kay, acerca de la vida y obra de L. Tait, una serie de artículos en que deja a Tait, como un colaborador (*outsider*) genial, de habilidad extrema, de una audacia sin límites, y como una gran personalidad de la cirugía abdominal. Pero su doctrina anti microbiana era falsa, y si su técnica corresponde a la asepsia, no es la asepsia verdadera sino una asepsia empírica, incierta, inconstante, y de «una eficacia ficticia», según la propia expresión de Mc Kay, p. 301.

L. Tait tiene la gloria indiscutible de haber sido el primero en abandonar la idea de que era necesario colocar antisépticos en las heridas (1880). Tuvo, además, la suerte de ver que a su práctica siguió bien pronto el advenimiento del método aséptico científico.

los sufrimientos del cuerpo, para la seguridad de la vida, para cambiar las tristezas en alegrías, para propender a la felicidad, y para el enriquecimiento de la humanidad, más que a ningún otro hombre de los que han vivido en ésta tierra» (Sir St. Clair Thomson).

Por eso se les considera como los más grandes benefactores de la humanidad.

El método de Lister ha salvado más vidas humanas, que las que se han destruído en todas las guerras juntas que recuerda la historia del hombre.

Tuve el privilegio de asistir de cerca, durante cuatro años completos, a esta prodigiosa transformación, la más gloriosa de todos los tiempos por que haya atravesado jamás nuestra ciencia; ví en acción a sus más grandes propulsores, y, como la cosa más natural del mundo, he ansiado con todas las fuerzas de mi alma, que mis conciudadanos participaran de sus incalculables beneficios. Al cumplimiento estricto de mi deber, como pensionado del Gobierno, consagué mis actividades y entusiasmos.

En resumen, cuando a principios de 1896 regresaba a Chile, la cirugía antiséptica, cuya implantación en Europa remontaba a 1876-78, estaba en plena eflorencia.

La naturaleza viva de la sepsis, ya no se le discutía; se aceptaban sus enseñanzas para combatirla, y, lo que es mejor aún, para prevenirla.

Ya los cirujanos no temblaban como en el primer cuarto de siglo les pasaba aún a los más grandes,

ante el peligro de ver aparecer la putrefacción de la herida por la estirpación de un simple quiste sebáceo. (Astley Cooper al operar a Jorge IV—1821) ni temía que se muriera un enfermo por la simple punción de un hidrocele, o un empiema. El profeta había triunfado en su propia tierra de la «apatía colosal» o «inconcebible indiferencia» con que se le había recibido.

En Chile, gracias a la labor tesonera, entusiasta y convincente de Manuel Barros Borgoño (1882) y Francisco Puelma Tupper, ya no estábamos expuestos a la bochornosa escena del «Angamos» que, de portador de 300 heridos no logró desembarcar uno solo... Los heridos de 1891 fueron el asombro de todos los cirujanos antiguos: hubo muchas curaciones por primera intención, sin haber cambiado una sola vez el propósito. (?)

Todas las formidables y mortíferas complicaciones de las heridas operatorias, u otras, estaban reducidas a proporciones insignificantes.

En Europa se practicaban a diario operaciones más y más audaces, a pesar de las condenaciones severas que recibieron en corporaciones científicas, insinuaciones que no se la practicaran de nuevo, o prohibiciones de los directorios de los establecimientos hospitalarios. A Clemente Lucas, en 1880, se le prohibió practicar una nefrectomía; pasó sobre aquella negativa y veinte años más tarde exhibía todavía su enfermo bueno y sano. Antes se había denigrado la anestesia y considerado a Jenner como el Antecristo.

v. Bergmann y su discípulo Schimmelbuch, abrían paso a la aplicación práctica de las ideas sugeridas por Lawson Tait, y demostradas por Torrillon y Terrier, que habían de procurarnos el advenimiento definitivo y universal de la asepsia. Mikulicz, Kocher y Chaput más tarde (1903), alumno de Torrillon, nos daban los guantes cuyo uso había de ser seguido muy pronto por el empleo de la máscara, que ya en 1895, personalmente el que habla, había tenido el honor de sugerir al propio Mikulicz.

Gracias al método de Pasteur y Lister, no iba quedando reducto del organismo humano a donde no se atreviera a llegar el cirujano. Se practicaba hasta la cirugía en el corazón (Farina, 8 de Junio de 1896). Kocher, que había visto morir en manos de su maestro Lucke, 9 de 10 operados de bocio, reducía en proporciones admirables aquella horrorosa cifra, hasta dejarla en *Dos por mil* en el momento de su muerte (1917).

Se comenzaba a estar capacitado ya hasta para abrir el abdomen a los grandes de la tierra (Treves había de operar, años más tarde, al Rey Eduardo de Inglaterra (Junio de 1902).

En la misma proporción habían disminuído las fiebres puerperales, que a veces hacían pensar hasta en la ventaja de cerrar las maternidades.

El ambiente de los hospitales se había transformado totalmente. Vencido el dolor con el descubrimiento de Morton y Simpson, e implantada ya la antisepsia rigurosa, sólo molestaban en ellos los olores del ácido fénico y del yodoformo. Buen número de cirujanos proscribían este fétido remedio, denominándolo el *Patcholí* de la cirugía. La asepsia se abría paso.

La cirugía había hecho ya sus pruebas; el método de Lister descansaba en bases científicas; estaba bien lejos de ser, como enfáticamente lo declaraba un parlamentario inglés, una profesión en que no había más ciencia que en la carnicería.

La interpretación irónica del lema del Gran Hospital de París, Hotel Dieu, como *la antesala de la muerte*, era ya falsa, archi falsa: se salvaban muchos más operados que los que se morían.

El rasgo genial de Trendelenburg—la posición declive—debía imprimir bien pronto un ensanche enorme a la cirugía pelviana.

Röntgen, con su portentosa luz, comenzaba a iluminar los horizontes, a donde ni solía llegar el raciocinio. Según la sugestión familiar del célebre cirujano Mc Ewen, estaba destinada a hacernos ver hasta la misma alma.

Los fabricantes de instrumentos, Collin y Matthieu, Zeiss, Weiss, Arnold, Down Brothers, etc., contribuían también poderosamente a facilitar las intervenciones.

Recogí también, señores, de aquella larga estada en Europa, otra enseñanza, que creo útil mencionar: el cariño, el verdadero amor que los estudiantes conservan por la Universidad donde han aprendido a ser hombres, y se han aprestado para entrar de lleno en la lucha por la existencia. A nuestros padres debemos la vida, pero, no es menos cierto que en la Universidad aprendemos a vivirla. Amémosla y propendamos a su engrandecimiento, que es, en definitiva, el de la propia patria.

Regresaba de Europa con un gran acopio de hechos vividos, y comentariados en el sitio mismo de observación, severamente criticados no pocos. Para ello me sentía capacitado ya con mis tres primeros años de ejercicio profesional,—ventaja inestimable, que yo no sabría encarecer lo suficiente que realizara todo joven que ansíe visitar el extranjero.

Se aprende mucho visitando las viejas universidades de Europa, y viendo trabajar a los maestros del arte: las deficiencias o errores que apuntamos, nos obligan a pensar más, y a esforzarnos para no cometerlos.

En Octubre de 1879, a propuesta del profesor Barros Borgoño, fuí designado para suceder al Dr. don Raimundo Charlin, como cirujano del Hospital de San Borja.

En la primera página del libro de estadística, comenzado en esa fecha, están anotados los deberes del cirujano. Y, como un memento riguroso, la afirmación «el éxito no justifica la operación». Desde esos lejanos tiempos persiste en mí el hábito de atormentar a los jóvenes con la cuestión de la *justificación de la operación*. Seguramente a más de uno le habrá sido de positiva utilidad el discurrir acerca de este problema.

El 11 de Enero de 1898, practiqué allí la primera colecistectomía, en una muchacha de 18 años, ictérica y febril, enviada de su servicio por el Dr. Emilio Aldunate B. Siete cálculos se extrajeron de la vesícula biliar, y uno grande en el colédoco se manifestó solamente en la autopsia. Pero el 13 de Octubre de 1899 tuve la satisfacción de operar a Dolores E., de treinta años de edad, enviada por

el Dr. don César Martínez P., con ictericia profunda también, debida a un cálculo enclavado en el colédoco. La colecistectomía, la coledocotomía, y un lavado del estómago, salvaron aquella enferma. Era la primera vez que en Chile se practicaba esta operación. A mi maestro le había ayudado en unas cuantas colecistectomías.

Las primeras apendicectomías se practicaron en 1902-03. En esa época, según el hábito del hombre, de ir siempre de lo complicado a lo sencillo, operábamos las complicaciones de la apendicitis, antes que el proceso infeccioso mismo.

La apendicectomía, señores, con la magistral descripción de Bright y Addison, «de la cual, 70 años más tarde, decía Howard Kelly que *no habría nada que justificar*», las de Fitz, Murphy, Dieulafoy y Treves, abrió anchamente las puertas de la cirugía visceral. Yo había tenido el privilegio de haber sido alumno de este reputado cirujano, y de asistir a su conferencia acerca de la cirugía del peritoneo, publicada más tarde en el *Brit. Med. Jour.* Se comenzaba definitivamente, a saber lo que era el peritoneo, el terror de la peritonitis iba disipándose, a la par que nuestra ignorancia se iluminaba con la luz nueva de *la patología viva*. La apendicitis, a pesar de todos los enigmas que encierra todavía, es la enfermedad histórica más importante que yo conozca. (Véase el interesante trabajo de Deaver. *Peritonitis apendicular. Surg. Gyn. and Obst. Sept. 1928*).

Los primeros años de cirujano de hospital, fueron, sin embargo, muy penosos. Las repetidas consultas con los colegas más prestigiosos, retardaban operaciones impostergables. Había que asu-

mir por sí solo toda la responsabilidad de sus actos, y hasta inventar procedimientos desusados, o no descritos por los clásicos.

La cirugía abdominal era mirada allí con marcado recelo. Un fracaso daba lugar a los más amargos comentarios. Sólo por excepción se podía saber de qué se morían las enfermas, pues rara vez se practicaba una autopsia. A las 18 horas se cerraba el establecimiento, sin que fuera permitido que un médico permaneciera en el hospital; no existía, por lo tanto, ningún servicio nocturno para las accidentadas u operadas, sino el que pudiera suministrarle la «veladora».

Los especímenes, que deberían haber enriquecido un museo, o debieran ser analizados en un laboratorio, se entregaban a un gato... para el cual, una sesión operatoria era un día de especial regocijo.

Todo aquello se modificó rápidamente, gracias a la actividad de don Carlos Lira, celoso administrador en aquella época.

La satisfacción de haber implantado algunas reformas, que fueron de gran significación, me indujo a visitar la Europa por segunda vez, en 1900. En esta ocasión visité también los Estados Unidos.

De aquella época data mi preocupación de dotar de servicio dental a nuestros hospitales. Son los dentistas hoy día, no sólo los colaboradores más eficaces en la prevención de numerosas enfermedades que toman su origen en *infecciones locales*, sino que desempeñan, además, papel preponderante en la conservación de la salud.

En la *Rev. Med. de Chile* 1906, pág. 66, publi-

caba lo siguiente: «Fué entonces—esto es, *a principios de 1901*—cuando nos llegó el primer autoclave, que funcionó en el Hospital de San Borja, entonces cuando se dotó a la sala de cirugía de mesas en que se podía operar en la posición declive de Trendelenburg, de esterilizadores de agua, etc., y demás útiles indispensables en toda sala de operaciones.

La anestesia raquídea constituyó en el Congreso Internacional de París, 1900, una novedad. El cloroformo, que levantaba justas resistencias, cedía el campo al éter, pero éste siempre inspiraba recelos.

El dominio del peritoneo, abría vastísimos horizontes a la cirugía visceral. Los fibromiomas, que en mi primer viaje se operaban por transfixión y esfacelo de la porción constreñida—Hôtel Dieu, Ricard—o por la ligadura elástica en masa del cuello uterino, gracias a Baer, de Philadelphia, 1892, se practicaba ya solamente con la ligadura de las uterinas, y se hacía la histeróctomía subtotal que muy luego Bardenheuer, de Colonia, había de aconsejar que se la sustituyera por la histerectomía total.

Esta operación, que en 1896, debido a su crecida mortalidad, sólo practicaban muy contados cirujanos, aún en los hospitales de Londres, veía bajar ahora su mortalidad, sólo a un 2 por ciento.

Triunfos son estos que inducían a abusos. Se refiere así que un día recibió Tillaux, en su sala de consultas, una pareja de enamorados, unidos por un cariño tan estrecho, que anhelaban que nadie pudiera llegar a perturbarlo. El amante había convencido a su dama de que se dejara extraer

ambos ovarios. Oyó el profesor, con toda calma, la proposición, y replicando, les dijo, «ya que la operación es mucho más sencilla y eficaz en el hombre, podríamos comenzar por el señor»...

De regreso a la Patria, me preparaba el destino terribles sorpresas.

Mis experiencias e inducciones acumuladas, me hacían ansiar, y aún entrever, un futuro lisonjero.

El cirujano de San Borja y jefe de la clínica de Barros Borgoño, imaginaba su actividad, devocionariamente compartida entre el cultivo de la ciencia y el alivio del dolor. Pero, al iniciarse esta satisfactoria etapa, lo fatal, hiriendo alevosamente al maestro, me sometió a dura y sostenida prueba: debí soportar la angustia del dolor máximo, y simultáneamente reconocer la obligación de continuar su inmensa labor interrumpida.

Todos mis afectos son la ofrenda que desde entonces le entrego a su memoria, y todas mis fuerzas son mi aporte a la consecución de su tarea.

La lucha fué ardiente. La prensa se ocupó en repetidas ocasiones del asunto; se trataba de una sucesión capaz de amedrentar aún a los más audaces. Por innata inclinación, rechacé en absoluto el intento siquiera de hacer valer influencias personales. Presenté sólo mis antecedentes y documentos de mérito; ni a mis amigos y condiscípulos, que ocupaban ya una cátedra, me dirigí en demanda de sus votos.

A mis colegas, Adeodato García Valenzuela y Juan de Dios Lavín, debo la gentileza de artículos

encomiásticos, que ponían de relieve mis modestos merecimientos. Un día, sin embargo, llegué a proponer al decano, don Roberto del Río, que si mi candidatura era motivo de división en la Facultad, prefería retirarla.

La Facultad de Medicina decidió mi nombramiento.

La tarea era bien difícil de desempeñar, pero en extremo interesante. La buena voluntad y cariño a la profesión, de mis colaboradores, Julio Valdés Barros, Marcos Donoso, Alvaro Covarrubias y Alfonso Constant, sucesivamente mis jefes de clínica, y tantos otros como ayudantes e internos, han hecho que la enseñanza resultara relativamente fácil, y para mí, siempre agradable.

Debo también tributar en este momento, mis respetuosos agradecimientos a la Directora de este Hospital, Madre Vicenta y sor Pabla (Q. E. P. D), a la Madre Filomena y a la actual Superiora Madre Margarita. Sería injusto no mencionar mi gratitud al personal subalterno, abnegado y constante cooperador en su silenciosa modestia.

Desde aquella época no he desperdiciado ninguna ocasión para pedir que se dé una base experimental y más científica a la enseñanza clínica, de cuya correcta aplicación depende la vida de tantos de nuestros conciudadanos.

De los resultados que se hayan podido obtener, dan elocuente testimonio las innumerables y afortunadas operaciones que a diario se practican en los hospitales de Santiago: es una pléyade de brillantes cirujanos la que se ha fraguado en esta clínica.

Me he esforzado constantemente en avivar el fuego sagrado que les anima; es lo único duradero.

Textualmente, en 1903, dije: «no me empeñaré de ninguna manera en formar cirujanos, porque éstos no se improvisan de la noche a la mañana, ni el público los acepta así; pero, sí, trataré de probar siempre que todo médico está obligado a formar su criterio quirúrgico, a saber precisar las indicaciones de la operación, aunque no tenga las condiciones necesarias para practicarlas...

Los verdaderos cirujanos son muy pocos, aún en las grandes ciudades, los operadores son innumerables».

Hoy día, señores, con más profunda convicción aún, creo mi deber repetir exactamente lo mismo. Nuestro arte, desde hace sesenta años, es ciencia experimental. Eso es lo que hace que el verdadero cirujano opere mucho más con su cerebro que con sus manos. William Osler declaró, en ocasión solemne, que sus más grandes triunfos los obtuvo prescribiendo, a dosis igual, tintura de nuez vómica y tintura de esperanza. Yo puedo asegurar a Uds. que algunos de mis éxitos más brillantes, los he obtenido absteniéndome de operar...

Finalmente, señores, os repito, al terminar, mis palabras del principio: gracias por vuestro homenaje, lo recibo para transmitirlo...

Así creó Hipócrates la medicina: continuemos su tradición.
